

Mattelart, Armand y Vitalis, André (2015): *De Orwell al cibercontrol*. Barcelona, Gedisa, 232 páginas.

José Manuel Gómez y Méndez¹

Ya señalan los autores, en el Prólogo a la edición en lengua española, que la obra traza “la genealogía de los usos y de las funciones de las nuevas tecnologías de control social”, efectuándolo desde la realidad de “los perfiles de los individuos con el fin de controlarlos”. Y son dogmáticos cuando, desde las primeras líneas, señalan: “Resistir al ascenso del *Todo securitario* es restaurar la idea según la cual las técnicas de control ni pueden servir como sustituto de la resolución política de los problemas de fondo de la sociedad”.

Una introducción y siete capítulos, a su vez con distintos apartados, donde estos intelectuales franceses, analizan la evolución de la seguridad de los avances tecnológicos en el transcurrir de nuestra sociedad en su uso cibernético a lo largo de la segunda mitad del siglo XX para situarnos en el hoy de la segunda centuria occidental del XXI, patentizando que una “explotación de datos sin igual se despliega a partir de las desterritorialización de los procesamientos, de la automatización de la colecta, de los algoritmos puestos en práctica o de los entrecruzamientos de datos y difusión de éstos”, remarcando que “todo ello constituye una amenaza para las identidades y para las libertades de las personas”.

Un manual de cómo los regidores sociales han procurado desde el siglo XVII mantener el control de la ciudadanía a través de un flujo de normas y pautas que crearan unas formas disciplinarias para ver todo “sin ser visto jamás y, en el anillo periférico en donde está encerrado, el individuo es observado, sin que él lo vea”. Pormenores de gobernanza, no ya occidental sino mundial, para un nuevo tiempo convivencial. Leemos: “La instauración de los cortafuegos que son los mecanismos de seguridad es la condición de la libertad de flujos. Nada de autolimitaciones de la razón gubernamental sin que existan normas que prevengan contra los riesgos y peligros que resultan de la aceleración de las relaciones. Cuanto más aumenta la movilidad, más se abre ésta en nuevos espacios y mayor es la necesidad de intensificar el control. Nada de que las multitudes puedan acceder a la modernidad política sin que el movimiento se domestique”.

Tenemos completas páginas con el desarrollo de “La gestión del tiempo y de la fuerza del trabajo” con desmenuzamiento del control, desde el siglo XIX, de la fuerza laboral a través del reloj y de fichas perforadas que se utilizaron para el primer censo estadounidense allá en 1890, quedando patente que empresas como la IBM

¹ Universidad de Sevilla.
expertoper@us.es

fabricaron relojes de fichajes hasta que en 1958 comenzó a invertir en la Cibernética y sus dispositivos se implantaron “en aras de la protección del trabajador, para así garantizarle el cálculo equitativo de su tiempo de trabajo. Pero los asalariados la percibieron de forma diferente, como una herramienta de intrusión y de vigilancia encubierta”. El transcurso del tiempo se utiliza hasta para la canalización de la opinión pública, desde los años veinte del siglo XX, lo cual “fue percibido desde el principio como partes de los dispositivos del control social”, cuando por otro lado se efectúan los estudios marketinianos en la oferta industrial y “el consumo se va configurando como un campo inagotable de experimentación para el desarrollo de técnicas de seguimiento y de fichaje del comportamiento del consumidor”.

Placer es leer los planteamientos desarrollados donde se habla de la doble cara del Estado, el cual desde su proteccionismo nos lleva al fichaje de datos, pues se ha de estar inscrito “para la aplicación de los derechos sociales y para la formulación de políticas de redistribución de las rentas entre los ciudadanos” y por consiguiente “susceptible de ser utilizado para controlar a la población”. Queda definida como tecnologías intrusivas toda aquella que se usa para el control del espacio individual y colectivo en un entorno geográfico..., donde “la genealogía política y la génesis doctrinal de esta panoplia de armas incapacitantes (láseres, ondas acústicas, electromagnéticas, eléctricas, etc.) destinadas al control de las poblaciones civiles son reveladoras de la convergencia entre el mantenimiento del orden y el mantenimiento de la paz”. Y como objetivo, desde el poder político, la dinamización de estudios universitarios apoyados por diferentes programas donde las Ciencias Sociales presen servicios encubiertos de estudios investigadores para la excelencia cuando son proyectos unidireccionales.

Un libro donde Mattelart y Vitalis dejan constancia del uso de la Cibernética para el control de las personas como jamás se ha conocido en la Historia de la Humanidad y sin dejar de mirar al mañana si consideramos que estamos en el inicio de los tiempos tecnológicos informáticos: “Este universo digital donde la vigilancia se practica a gran escala, la *sousveillance* más problemática es la que no es intelectual. Ésta consiste en difundir, en el entorno próximo y de relaciones amistosas de una persona, informaciones confidenciales, en la ignorancia de las utilidades futuras que pudieran realizarse por los encargados de establecer fichas, quienes, así por tanto, ven su historia facilitada”. Un ritmo de sociedad acelerada donde los cibercontroles invisibles se producen cada día a través de la movilidad del uso cibernético que dará paso a una concentración de bases de datos en un nuevo feudalismo empresarial donde se ofrecerán servicios y medios como beneficio para la persona cuando su fin será controlar los usos ciudadanos y sus planteamientos de deseos, con proyección hasta en el transcurrir laboral donde el taylorismo cibernético comienza a ser una realidad pues la informatización aumenta en las tareas diarias. Un presente reflejado por los autores en la obra con advertencias reflexivas sobre hacia dónde vamos en ese devenir donde la transparencia democrática queda supeditada al control en razón de la seguridad.